



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-03-2023

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

(Mt 5,8).

Jesús, en el Evangelio, proclama la bienaventuranza para todos aquellos - hombres y mujeres - que su corazón es puro. Puro es el que vive de acuerdo con la palabra de Dios, por lo que sale victorioso sobre las tendencias e impulsos que conducen a acciones contrarias a la voluntad de Dios.

Los corazones puros son corazones indivisos. Ciertamente que no son los de los hipócritas, a quienes Jesús compara con "sepulcros blanqueados" (Mateo 23,27), hermosos por fuera y podridos por dentro. Ni de los que pagan diezmos, pero transgreden "las prescripciones más graves de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad" (Mateo 23:23).

La pureza consiste en la rectitud del corazón, en la sinceridad, en la verdad.

Por lo tanto, esta bienaventuranza se refiere a la castidad, a la veracidad, a la sencillez en el hablar. Se opone directamente a la hipocresía, que oculta la doblez bajo el velo de las observancias.

La pureza sólo puede entenderse correctamente en conexión con el amor, como exigencia y cualidad del verdadero amor.

La promesa de la bienaventuranza para los puros de corazón está en la perspectiva de la visión: "verán a Dios".

Pero también es cierto que nadie puede ver a Dios y seguir con vida. Esto quiere decir que quien ve a Dios -por el mismo hecho de verlo- ya ha obtenido todos los bienes: la incorruptibilidad eterna, la bienaventuranza inmortal, el reino sin fin, la felicidad eterna, la luz verdadera. En resumen: todo bien.

Pero podemos decir que esta bienaventuranza -que es de esperanza, que abre el presente de par en par a un futuro maravilloso-, para quien acoge de Dios la purificación, ya se realiza desde ahora: en la oración sincera, en la liturgia, en la vida de santidad de la Iglesia, como anticipación de la intimidad eterna con Dios. A los puros de corazón el Señor les da también en esta tierra la experiencia de su misterio, el anticipo de la visión "cara a cara" en su reino.

Si es cierto que Dios no mira las apariencias, sino el corazón, podemos decir que es desde nuestro corazón puro donde podemos ver a Dios, y, por lo tanto, ¡ser bienaventurados, ser felices!

Ésta fue la experiencia de vida de Magdalena Aulina: de su corazón totalmente entregado a Dios y de su alma pura.

Magdalena amaba y apreciaba mucho la virtud de la pureza, tanto que la consideraba como un rasgo distintivo de su Obra, porque -decía- la virtud que más ama

Jesús es la pureza. Para Magdalena la virtud de la pureza es indispensable para “curar” a las personas de los muchos males que las tienen subyugadas.

Esta virtud nos permite verlo todo con ojos buenos y comprensivos. Nos lo hace juzgar como bueno todo lo que viene de Dios o que Dios permite: incluso las incomprendiones, siempre que las aceptemos como “dones” que Dios nos da para purificarnos de toda escoria, como se purifica el oro, y hacernos cada vez más puros, más verdaderos, más santos.

Magdalena -mujer de corazón puro- vivió la virtud de la castidad de manera equilibrada y positiva, como opción de vida, como camino de consagración a Dios y de imitación de la Virgen María.

La Venerable Aulina daba mucha importancia a la castidad como signo de puro amor a Dios y de servicio al prójimo. Animaba a cuidar esta virtud. Sugería aprender a discernir lo que puede contaminar el corazón. Invitaba a custodiar las relaciones, para tener la fuerza y la capacidad de perseverar en el camino emprendido.

Hoy, con Magdalena Aulina, pidamos al Señor que nos dé un corazón puro. Pidámosle vivir un amor puro, para tener la fuerza de ir contra corriente y contribuir a la civilización del amor. Y así respirar el aire puro que proviene del bien, de lo bello, del verdadero amor, de la santidad: ¡del Espíritu Santo! Y poder beber el agua pura, que viene de Jesús, para ser manantiales de agua viva (cf. Juan 4,14).

A mitad del camino cuaresmal, todos y cada uno de nosotros, con el salmista (cf. Salmo 50/51), pidamos a Dios:

Ten piedad de mí, oh Dios, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa.

Lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, lávame y quedaré más blanco que la nieve.

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.

